

Pedrarias el oído cierra a todos,
 No ciego o rencoroso, mas cobarde.
 Débil el juez, a su pesar, condena
 A Núñez a sufrir muerte infamante
 Con su cómplice el rico Hernando Argüello
 Y alguno de sus mismos oficiales.

XXIII.

Mientras de Acla en la plaza es erigido
 Aquella noche en fuerte maderamen
 El cadalso en que, al hierro de verdugo,
 Los sentenciados su delito paguen;
 Y en torno los soldados plantan picas
 En que habrán de quedar al sol y al aire
 Las segadas cabezas de los reos
 Hasta que todas lleguen a secarse;
 En la prisión oscura Vasco Núñez
 Sin ira ni temor, imperturbable,
 Ve de frente a la muerte y se dispone
 A pisar del sepulcro los umbrales.
 Alza a Dios el espíritu piadoso;
 La absolución recibe en dulces frases
 De Andrés de Vara, el sacerdote humilde
 Que himno de gratitud alzó en los Andes
 Al descubrirse un mar; el Pan Sagrado
 En que Dios a los hombres quiso darse
 Enternecido gusta: óra de nuevo,
 Y momentos después dormido yace.

XXIV.

En sueños el Pacífico mira de nuevo en calma:
 Su ronca voz oyendo
 Alégrasele el alma:
 Rompiendo van sus buques las olas de cristal.
 No ya cerrarle intenta
 El paso pez horrendo
 Ni equinoccial tormenta;
 Que en cielo despejado brilla la Cruz Austral.

Dormido está cual niño el lidiador gigante
 Que ya rindió sus olas
 Del fiero navegante
 Que vino de muy lejos, al lino y al timón.
 Domaron ya su orgullo
 Las naves españolas;
 Y es su bramido arrullo
 A Vasco, a quien desvelan la gloria y la ambición.

Dormido está, y sereno muestra en sus claras ondas
 Moviendo sus aletas
 El pez de escamas blondas,
 No manta horrible o ruda ballena colosal.
 Sus grutas al marino
 Más hondas y secretas
 Ver hace cristalino,
 Y en ellas sus tesoros de perlas y coral.

Y el cántico repite del grupo que acompaña
 A Núñez en los Andes
 Vivas alzando a España
 Cuando por vez primera sus olas contempló.
 Y en calma, en voz potente,
 Como en sus iras grandes,
 Cantando eternamente,
 De un polo al otro polo repite ¡gloria a Dios!

XXV.

Del alba tarda y perezosa el frío,
 Del gallo y la campana la distante
 Voz clara, a Núñez súbito despiertan
 Haciendo estremecer su cuerpo frágil.
 Aun escucha el rumor del Oceano. . . .
 ¿En su tienda despiértase a la margen
 Del Balsas? ¿Le rodean sus marinos?
 ¿Las velas a soltar van ya sus naves?
 Se palpa y se incorpora, y el funesto
 Enlutado cadalso ve delante,
 Y al verdugo que pálida cuchilla
 Sobre su propio cuello feroz blande.
 El hogar en Jerez recuerda luego,
 Su infancia y el cariño de sus padres,
 Su inquieta juventud al bien estéril,
 Con la pobreza en lucha sus afanes:
 Después, en el Darién, selvas y cumbres,

Fatigas, emboscadas y combates,
 Mando, riqueza, gloria inmarcesible. . . .
 ¡Y de todo ello al fin, suplicio infame!
 A la materia vil dando tributo,
 Sulca su rostro lágrima brillante,
 Mientras, puestas en Dios fe y esperanza,
 Del humano dolor apura el cáliz.

XXVI.

Fué el día aquel en Acla aciago día,
 Y al descender el sol triste a su ocaso,
 La víctima al patíbulo subía
 Grave y sereno el rostro, firme el paso.

«Éste —reza el pregón— es el castigo
 Que a Núñez dan el Rey y su Teniente
 Porque traidor les fué; porque, enemigo
 De la paz, quiso alzarse delincuente.»

Con clara y fuerte voz, la frente irguiendo,
 Replica Vasco Núñez: «Eso es falso;
 Sirvo a mi Rey y su dominio extendiendo;
 No me trajo tal crimen al cadalso.»

Su indignación el sacerdote calma,
 Dále a besar devoto el Crucifijo,

Y, en Dios queriendo concentrar su alma,
Con llanto y mal segura voz le dijo:

«¿Cómo con este mundo así te enojas
Ante la eternidad y el cielo abierto?
A él aspira, y recuerda las congojas
Que el Hombre-Dios por tí sufrió en el Huerto.»

Cuando la frente casi al tajo inclina,
Ve Núñez del Darién lejana cumbre
Que sobre obscuro fondo se ilumina
Del sol bañada en la postrera lumbre;

Y exclama: «¡El mar! ¡Dios mío!» Golpe horrendo
Se oye, y la muchedumbre absorta queda:
Y en la mesa al caer con sordo estruendo
La segada cabeza un punto rueda.

Llora entonces de lástima la gente
O su enojo y horror oculta y doma:
Tiende los brazos del cadalso enfrente
Una mujer, e inerte se desploma.—

En vecino solar, por el resquicio
Abierto de su coto entre las cañas,
Dávila vió de Núñez el suplicio
Con avidéz y convulsión extrañas;

Y al apartarse, júbilo de hiena
En la pálida faz llevando impreso,

Sin compasión a la desdicha ajena
De su infame temor soltado el peso;

Micer Codro que adusto le observaba,
No sin causar en él ira y asombro,
Díjole en voz que de dolor temblaba,
Diestra ruda poniéndole en el hombro:

«Por más que injusto y ciego te desmandes,
No infamarás de Vasco la memoria;
Su pedestal eterno son los Andes,
Y canta el Mar Pacífico su gloria.

«Ciencia y humanidad fallo severo
Te reservan del tiempo en los arcanos,
Y llevarás al tribunal postrero
La cabeza de Núñez en tus manos!»